

ALFAGUARA



Marina Mayoral

La única libertad

*Para Andrés,
por tantas cosas, por tantos años
y, en el fondo y sobre todo, porque sí.*

1982

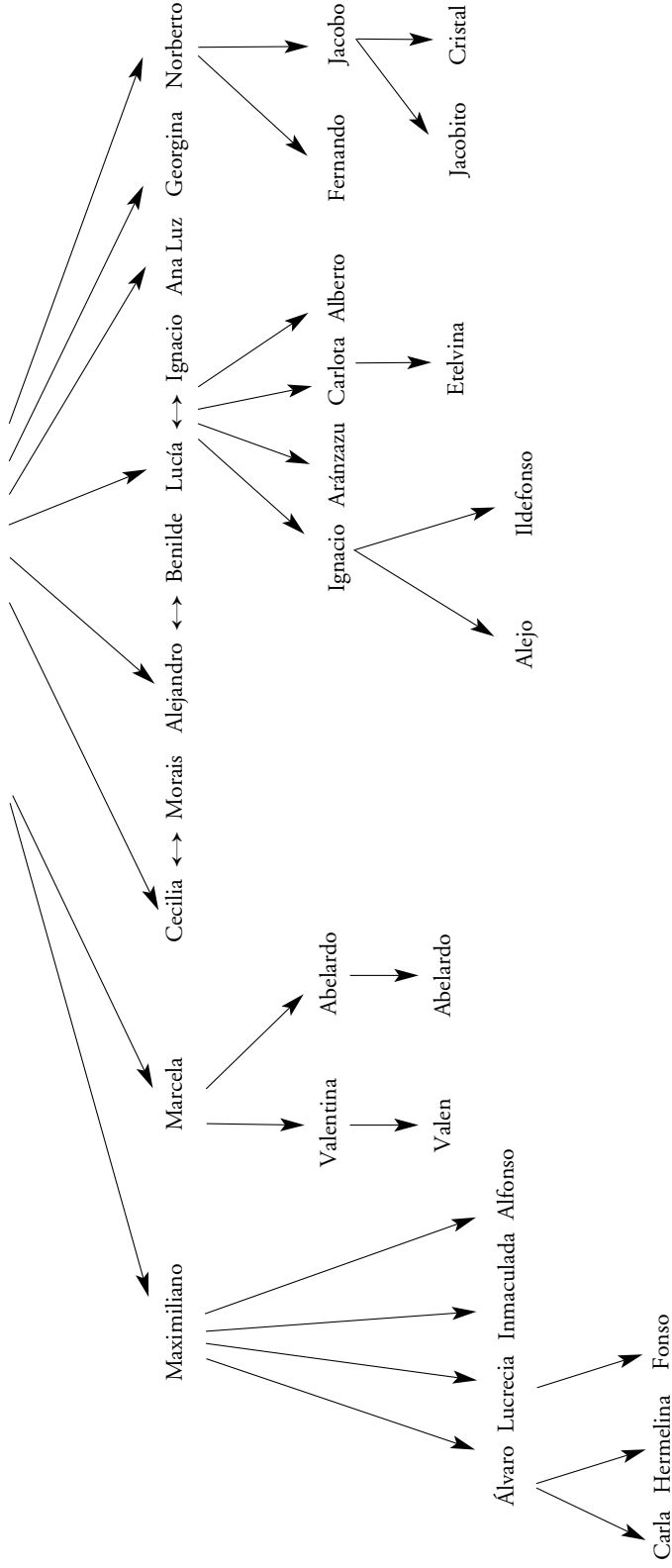
Libertad no conozco sino la libertad de estar preso
[en alguien
Cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;
Alguien por quien me olvido de esta existencia
[mezquina,
Por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,
Y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu
Como leños perdidos que el mar anega o levanta
Libremente, con la libertad del amor,
La única libertad que me exalta,
La única libertad por que muero.
Tú justificas mi existencia:

Si no te conozco, no he vivido,
Si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.

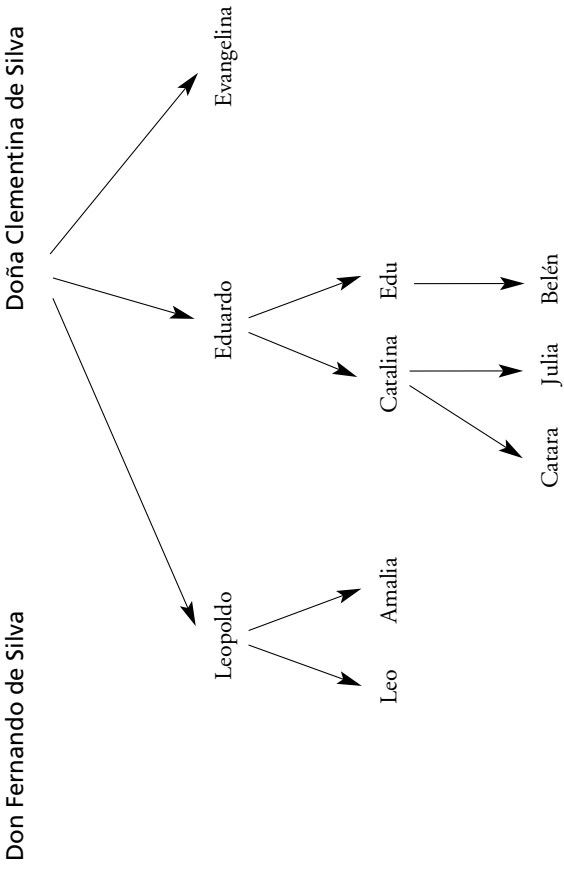
LUIS CERNUDA

LOS SILVA

Don Ildefonso de Silva ↔ Doña Abdulia



LOS SILVA



Capítulo I

A manera de prólogo exculpatorio

donde la narradora pretende justificar ante los posibles lectores, pero sobre todo ante sus familiares y allegados, los Silva, que otra vez ha dejado un trabajo sin concluir.

Alberto me había dicho: «Etel, con esto hay que hacer como con el esparadrapo: tirar de golpe, porque de todas formas va a doler y cuanto más rápido, mejor». Así que irme rápido, con él y nada de tren. «Se quedarán en la estación diciendo adiós con la mano y las verás cada vez más pequeñas y más borrosas, porque empezarás a llorar, que te conozco, y yo también, ¡maldita sea!, son un encanto de personas aunque sean de nuestra familia... y después vendrán los campos verdes y las montañas y te acordarás del Toño y de Morais... Y no estamos ya para sufrir de ese modo, Etel, sobre todo yo, a mi edad hay que evitar estas cosas. Así que cogemos el avión y entre el miedo y hacer pis y la naranjada de plástico, sin darnos cuenta, estamos ya en Barajas.»

Pero Alberto se había venido de Nueva York con una bolsa por todo equipaje y a los dos días de estar en Co-tomelos le entraron las impacencias y quiso irse. Quedamos en que me esperaría en Madrid, tenía «un montón de cosas que resolver, ya que he venido», y saldríamos para Nueva York el primero de octubre. Yo le había prometido a Morais quedarme hasta el otoño y faltaban aún unos días. «Es igual —me había dicho cuando apareció Alberto—. Si quieres irte ya, puedo acabarlo solo, con los dibujos me arreglo». Pero yo no quería salir corriendo. Quería dejar las cosas si no acabadas, por lo menos ordenadas; que no pareciese, una vez más, una huida. Y estaban, además, las abuelas y esta maldita cuestión de la *Historia de La Braña*:

tenía papeles por todas partes y me parecía que, en parte, sí había cumplido mi trato: había terminado la historia de Inmaculada y el Cañote, y la de doña Petronila Alonso de Ulloa... aunque, en realidad, la de doña Petronila no debía haberla escrito, a pesar de las notas de Alejandro, porque no pertenecían a La Braña ni a nuestra familia... Y lo mismo me pasaba con la de Black Fraiz... Pero tenía la de Cecilia y Morais y don Germán y también parte de la de mis abuelas... En fin, falta todo, ya lo sé, pero eran un buen montón de folios y ordenándolos un poco se vería, al menos, mi buena intención... ¡Mi buena intención! Me avergüenza, me da rabia tener que decir esto. Lo que hubiera querido era coger los papeles y decirles: aquí la tenéis, vuestra *Historia de La Braña*. Me habéis dado un sueldo y me habéis cuidado, me habéis dado casa y comida... y cariño. Pues yo también he cumplido mi parte y aquí están don Ildefonso y doña Obdulia, sus padres, sus hermanos, sus ocho hijos, todos sus nietos y hasta sus biznietos. Aquí está La Braña con sus veintidós dormitorios, todos con cama y colchón de lana, y su patio porticado donde mataron al Cañote, y su jardín con los camelios y el magnolio, y la huerta con el cerezo donde Benilde cogió las últimas cerezas para Alejandro.

De todas formas, al echar la vista atrás, al mirar hacia este año transcurrido, me parece que ellas siempre supieron que yo no terminaría el trabajo. Ahora sé que fue el pretexto para tenerme en Brétema, en su Casa del Mirador y cuidarme sin que yo me sintiera avergonzada de que la familia se «hiciera cargo» de mi persona.

Al comienzo trabajé con verdadero entusiasmo. Sentía curiosidad por la vida de aquellas personas y encontraba, a veces, coincidencias con la mía que me sorprendían y despertaban aún más mi interés. Y Benilde me lo encargó con toda seriedad: quería ver acabada la historia que Ale-

jandro empezó y tenía que hacerlo alguien de la familia porque se trataba de algo íntimo, que no debía trascender, pero tampoco perderse: el recuerdo de nuestros antepasados, de aquellos a quienes ella había conocido en su infancia y a lo largo de su vida. Y, de igual modo que Alejandro seguía vivo en su recuerdo, quería que el resto de los Silva, de nuestra familia, siguiese vivo (lo dijo así: «Quiero que sigan viviendo») en esa historia. Alejandro había pensado que La Braña, la finca de verano que perteneció a mi bisabuelo, don Ildefonso de Silva, podía ser el núcleo de aquella historia familiar, y a mí me correspondía acabar lo que la enfermedad y la muerte de Alejandro habían truncado.

Ahora me doy cuenta de que ellas sabían que yo no acabaría el trabajo. Por las mismas razones que Alejandro. Aunque esto no es del todo exacto. Si a Morais no se le ocurre invitarme a pasar el verano en Cotomelos yo no digo que hubiera acabado la *Historia de La Braña*, pero sí hubiera entregado a mis tías abuelas algo más coherente y ordenado que este informe montón de folios, que este revoltijo de noticias contradictorias, cartas, fragmentos de diario e historias que poco o nada tienen que ver con La Braña...

Pero me gustaría que ellas se dieran cuenta de que lo intenté. Quería rehabilitarme ante la familia, dejar de ser, como Alberto, la oveja negra de mi generación. Ser yo, precisamente yo, la nieta pródiga, «esa calamidad de Etelvina», quien les dejase en herencia un libro con todos sus recuerdos dentro. «Aquello que hiciste para la radio sobre la Avellaneda estaba muy bien, muy lleno de vida —me dijo Ana Luz—. Si consiguieras algo parecido sería estupendo». En lo de la Avellaneda me había ayudado mucho Gilberto, pero tampoco me ha regateado ayuda para la *Historia de La Braña*, aunque él está empeñado en que no es una historia sino una novela y que lo único que tengo que hacer

es cambiarles los nombres a los personajes. También por él lo hice. En cuanto empezó a decirme que estaba bien escrito y que se me había «desatado» el talento literario me entraron ganas de demostrarle que sí y que había sido al separarme de él. Había algo de venganza en eso, lo reconozco, en hacerle ver que me había limitado, que me había asfixiado con su brillantez y su egoísmo y me había impedido realizarme no sólo humana sino intelectualmente...

Esto es falso, sobre todo dicho así es falso. Gilberto no tiene la culpa de mis indecisiones, ni de mi falta de constancia en cualquier trabajo, ni tampoco de no haberme querido más. Pero entonces necesitaba aquella especie de venganza. La historia de Black Fraiz la escribí por el puro placer de escribirla y la escribí para Gilberto, no para mis abuelas, porque estaba segura de que me iba a decir como en la del Cañote y en la de doña Petronila que siguiera, que estaba muy bien, que aquello era una novela y que había encontrado mi camino. Lejos de él.

Y también lo hice por Alberto. Para que la familia viera que no había hecho tan mal su papel de padre y que me enseñó algo que creo que es importante: a buscar con absoluta libertad, sin prejuicios, aquello por lo que vale la pena vivir.

Y lo hice por mí, porque quería dejar un recuerdo, porque, poco a poco, la idea de que iba a morirme pronto, de que no me quedaba mucho tiempo de vida se me fue colando dentro. Cuando en mayo don Germán me dijo: «Etel, es una locura irte a Nueva York. Vas a perder en un mes lo que has ganado aquí en seis», yo no quise indagar más. Tenía miedo de oír la verdad. Ir a Nueva York, a Greenwich Village, era la parte fundamental del trato: yo escribiría la historia y, en primavera, me ponía a la cabeza de la lista de primos que hacen cola para ir al antiguo apartamento de Ana Luz y Jean Paul Daumond. Me dio

un arrebató y me vine a Madrid con la esperanza de que Mac Lelland me dijera: «¡Esos médicos de pueblo!»... Pero no me lo dijo. Que estaba mejor sí, y que de viajes, nada. Me pasé por el «apar». Catara se había casado en marzo y se había llevado sus cosas y parte de las mías y de lo que Valen había dejado. Todo estaba polvoriento y desmantelado. Pensé que no tenía nada mío. Ya ni la hamaca. El apartamento es de mi tío Alfonso, nos lo va dejando a los sobrinos que estudiamos en Madrid. Yo sólo había comprado una hamaca para colgar en la terraza. La compré a medias con Catara, ella se empeñó, y ahora se la había llevado. Las plantas las regaló a los amigos. En la pared, junto a mi cama, a la altura de la lámpara seguía estando la mancha de bolígrafo que borra una fecha: la del día en que conocí a Gilberto. Pensé que no tenía nada mío y que no dejaba nada detrás de mí. Por eso quise escribir la *Historia de La Braña*, para dejar un recuerdo, algo más que la imagen de esta calamidad, de este desastre de persona incapaz de valerse por sí misma, siempre a bandazos. Quería hacerlo y creo que no fue culpa mía que se cruzasen Morais y el Toño. Y después el miedo y la desesperación y la rebeldía y este deseo de aprovechar a mi modo lo que me queda de vida. Por eso no podía seguir allí.

Creo que Benilde, Ana Luz y Georgina lo han entendido. Y me temo que Morais no. Ni Toño.

La víspera de mi marcha, después de cenar, cuando ya tenía listo el equipaje, les llevé a mis abuelas la carpeta al salón: «Esto es todo lo que he escrito aquí. Hay cosas de La Braña y otras que no lo son. Cartas, conversaciones con don Germán, con Morais, con el Toño... Historias mías y de otras personas. Pero me siento incapaz de separar unas cosas de otras; así que os lo dejo todo».

Georgina se puso de pie, nerviosa y ligera, como siempre: «Creo que Julia ha metido una botella de cham-

pán en la nevera. Voy a traerla». Ana Luz y Benilde se miraron. Ana Luz cogió la carpeta en la mano y la sopesó: «Has escrito mucho... Aquí debe de haber por lo menos cuatrocientos folios...».

Me reconfortaba la idea de que cuando lo leyeran yo estaría lejos. Había demasiadas cosas personales y, sobre todo, demasiado miedo allí dentro. Pero cuando fueran a leerlo yo estaría ya en Nueva York, con Alberto, y eso sería lo único importante: mi decisión de marchar. Y que no era una huida. Creo que eso lo sabían, que escogía aquello con plena conciencia y creo que pensaban que me equivocaba una vez más, pero que era mi vida.

Brindaron por el éxito de mi viaje —«para que todo te vaya bien en Nueva York y también lo de Alberto», «y que os cuidéis», «y que volváis pronto y bien»— y los proyectos de Alberto. Y, como «los viajes siempre cansan», no quisieron alargar la sobremesa. Benilde, que había sido la que me había encargado la historia, fue la que dijo: «La carpeta es mejor que te la lleves tú... Quizá más adelante puedas acabarlo, o separar lo que pertenece a La Braña... Y, en todo caso, nos puedes mandar una copia, cuando a ti te parezca...».

Me fui en avión por aquello del esparadrapo, que decía Alberto. De todas formas, si cerraba los ojos, podía verlas en el aeropuerto, de pie junto a los cristales, diciendo adiós con la mano, y en el Bugatti de 1930, de regreso a casa, a la Casa del Mirador, la vieja casa de los Silva, la única que yo podría llamar mi casa...

La azafata me ofreció el consabido zumo de naranja y me acordé de Alberto y de los versos de Cernuda que le oí recitar tantas veces desde niña, cuando aún vivíamos en Jardines. Y pensé que quería vivir, que no quería morirme, que no quiero morirme... Y que quizá me quede tiempo todavía para escribir esa maldita *Historia de La Braña*.